



JULIA
QUINN

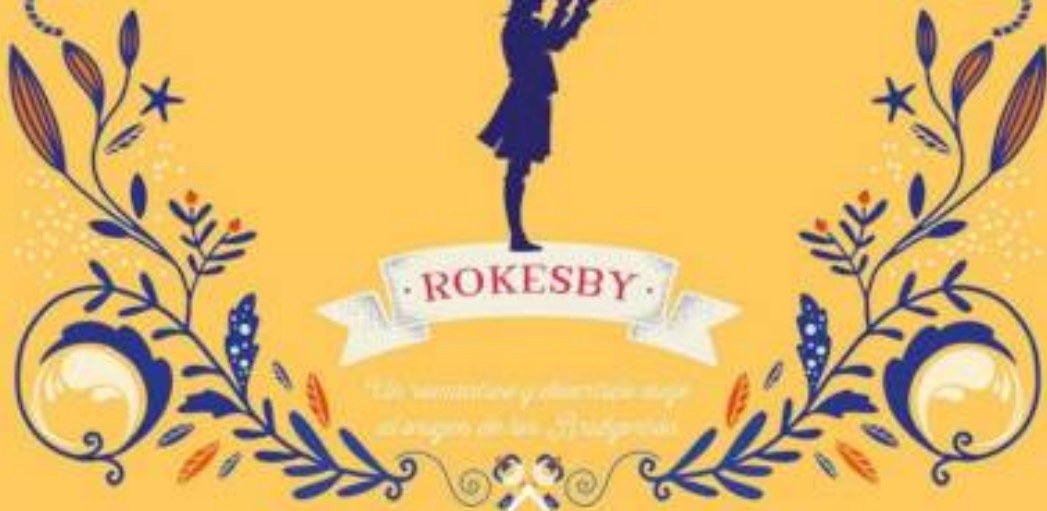
— — —
La otra

Miss Bridgerton



· ROKESBY ·

*Un romance y aventuras en
el siglo de los Bridgerton*



Ella estaba en el lugar equivocado...

Independiente y aventurera, Poppy Bridgerton solo se casará con un pretendiente cuyo agudo intelecto e intereses estén a su altura. Y, por desgracia, ninguno de los asistentes a la temporada londinense ha cumplido sus expectativas. Mientras visita a una amiga en la costa de Dorset, Poppy descubre el escondrijo de un contrabandista oculto en una cueva. Pero su emoción se transforma en sobresalto cuando dos piratas la secuestran y la suben a bordo de su barco, dejándola amordazada en la cama del capitán...

Él la encontró en el momento equivocado...

Con fama de granuja y marino temerario, el Capitán Andrew James Rockesby en realidad trabaja al servicio del gobierno británico transportando bienes esenciales y documentos. Al zarpar en misión urgente a Portugal, se queda atónito al encontrar a una mujer esperándolo en su camarote. Seguramente su imaginación le esté traicionando, pero... no, ella es muy real. Y si quiere cumplir su deber con la Corona, no tendrá más remedio que seguir atrapado con ella.

¿Pueden dos equivocaciones convertirse en el más perfecto acierto?

Cuando Andrew descubre que Poppy es una Bridgerton, sabe que probablemente tendrá que casarse con ella para evitar un escándalo... aunque ella desconoce que Andrew es hijo de un conde y el vecino de sus aristocráticos primos de Kent. En alta mar, la batalla dialéctica entre ambos pronto deja paso a una pasión embriagadora. Pero cuan-

do el secreto de Andrew salga a la luz, ¿será suficiente su declaración de amor para atrapar el corazón de Poppy?

Índice de contenido

Cubierta

La otra Miss Bridgerton

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Sobre la autora

Notas

*Para Emily.
Cuando digo que no podría haberlo logrado
sin ti,
lo digo literalmente.*

*Y también para Paul.
Dime otra vez:
¿Hacia dónde sopla el viento?*

1

Principio del verano de 1786

Para una joven que se había criado en una isla, en Somerset para ser precisos, Poppy Bridgerton había pasado muy poco tiempo en la costa.

El agua no le era desconocida; había un lago cerca de la casa familiar, y los padres de Poppy habían insistido en que todos sus vástagos aprendieran a nadar. O, mejor dicho, que todos sus hijos varones lo hicieran. A Poppy, la única chica entre cuatro hermanos, no le gustaba la idea de ser la única Bridgerton que podría morir en un naufragio, y así se lo hizo saber a sus padres (con esas mismas palabras) un segundo antes de dirigirse a la orilla junto a sus hermanos y lanzarse al lago.

Había aprendido más rápido que tres de sus cuatro hermanos (no era justo compararla con el mayor; *estaba claro* que a él le iba a costar menos). Hasta el momento ella era, según su propia opinión, la mejor nadadora de la familia. El hecho de que lo hubiese logrado tanto por tozudez como por talento natural era irrelevante. Lo *importante* era aprender a nadar. Habría aprendido a hacerlo, aunque sus padres no le hubiesen ordenado quedarse en la orilla.

Probablemente.

Sin embargo, hoy no iba a nadar. Lo que tenía delante era el océano, o por lo menos el canal, y el agua helada no podía compararse con el tranquilo lago que había cerca

de su casa. Poppy podía ser testaruda, pero no estúpida. Y como estaba sola, no tenía nada que demostrar.

Además, se lo estaba pasando bien explorando la playa. La arena suave y esponjosa bajo sus pies, el olor a sal de la brisa marina..., resultaban tan exóticos para ella como si hubiese naufragado en algún lugar recóndito de África.

Bueno, tal vez no, pensó Poppy mientras mordisqueaba un trozo del queso inglés, de sabor familiar, que había traído para la excursión. Aun así, era una experiencia nueva y debería poder considerarse exótica.

Especialmente ahora que su vida era tan monótona como siempre.

Era casi finales de julio, y su segunda temporada en Londres (a la que asistió gracias a su aristocrática tía *lady* Bridgerton) acababa de finalizar. Para Poppy la temporada acabó igual que como había empezado: soltera y sin perspectivas de casarse.

Y algo aburrida.

Quizá podía haberse quedado en Londres para las últimas actividades sociales, con la esperanza de conocer a alguien a quien no le hubiesen presentado ya (algo poco probable). Podía haber aceptado la invitación de su tía para pasar unos días en el campo, en Kent, en el caso de que a Poppy le *gustara* alguno de los caballeros solteros invitados *casualmente* a cenar (aún menos probable). Aunque para ello habría sido necesario apretar los dientes e intentar no abrir la boca cuando la tía Alexandra le preguntara qué tenía de malo el último candidato (el menos probable de todos).

Los elegidos eran todos muy aburridos, pero gracias a Dios, su amiga de la infancia, Elizabeth, había acudido al rescate. Elizabeth se había mudado a Charmouth hacía varios años junto a su marido, el amable y culto George Armitage.

Sin embargo, George había tenido que viajar a Northumberland por un asunto familiar urgente, cuyos detalles Poppy nunca había acabado de comprender, y Elizabeth se había quedado sola en la casa de la playa, embarazada de seis meses y medio. Encerrada y aburrida, había invitado a Poppy a pasar una larga temporada con ella, a lo cual Poppy accedió feliz. Sería como en los viejos tiempos para las dos amigas.

Poppy se metió otro trozo de queso en la boca. Bueno, salvo el gigantesco vientre de Elizabeth. Eso sí que era nuevo.

Por eso Elizabeth no podía acompañarla en sus excursiones diarias a la orilla del mar, pero no importaba. Poppy sabía que no tenía reputación de *tímida* pero, a pesar de ser una conversadora nata, disfrutaba también de su propia compañía. Y tras meses y meses hablando de trivialidades en Londres, agradecía poder despejarse con la brisa marina.

Había tomado un camino diferente todos los días y descubrió, encantada, a medio camino de Charmouth y Lyme Regis, un pequeño grupo de cuevas escondido donde las espumosas olas lamían la orilla. La mayoría de las cuevas se inundaban con la marea alta, pero tras investigar el paisaje, Poppy se convenció de que debía de haber alguna cueva seca, y estaba decidida a encontrar una.

Solo por el desafío que representaba, por supuesto. No porque hubiese necesidad alguna de que existiera una cueva que siempre estuviera seca en Charmouth, Dorset, Inglaterra.

Gran Bretaña, Europa, el mundo.

Tenía que aceptar cualquier desafío que se le presentara, ya que *estaba* en Charmouth, Dorset, Inglaterra, y ese parecía un rincón muy pequeño del mundo, sin duda.

Dio los últimos bocados a su almuerzo y levantó la mirada con ojos entrecerrados hacia las rocas. El sol acariciaba su espalda, pero el día era lo bastante luminoso como

para haber traído un parasol o, como mínimo, que hubiera un árbol grande que diera sombra. Además, hacía calor y había olvidado la chaqueta en casa. Hasta el pañuelo, que tenía puesto para proteger su piel, comenzaba a picarle y a darle calor en el pecho.

Pero no iba a volver ahora. Nunca había llegado tan lejos. Y, de hecho, había llegado hasta allí tras convencer a la rolliza criada de Elizabeth, designada como su acompañante, de que se quedara en el pueblo.

–Tómeselo como otra tarde libre –le había dicho Poppy con una sonrisa de triunfo.

–No estoy segura... –Mary parecía vacilante–. La señora Armitage ha sido muy clara cuando ha dicho que...

–La señora Armitage no piensa con coherencia desde que está embarazada –la interrumpió Poppy mientras se disculpaba mentalmente con Elizabeth–. Les pasa a todas las mujeres, según me han dicho –agregó, intentando que la criada dejara de pensar en el tema del que estaban hablando, es decir, su deber de acompañar a Poppy, o la falta de compañía.

–Pues eso es verdad –respondió Mary, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado–. Cuando la mujer de mi hermano tuvo a sus hijos, no podía sacarle una palabra coherente.

–¡Exacto! –exclamó Poppy–. Elizabeth sabe que me las arreglo muy bien sola. Después de todo, no soy ninguna niña. Me voy a quedar para vestir santos, dicen.

Mientras Mary intentaba asegurarle que eso no era cierto, Poppy agregó:

–Solo iré a dar un paseo junto a la orilla. Usted sabe adónde; ayer me acompañó.

–Y anteayer –repuso Mary con un suspiro; era evidente que no le atraía la perspectiva de otra tarde de esfuerzo físico.

–Y el día anterior también –señaló Poppy–. Y toda la semana pasada, ¿verdad?

Mary asintió con expresión taciturna.

Poppy no sonrió. Era demasiado buena para reírse de eso. Pero el éxito estaba a la vuelta de la esquina.

Literalmente.

–Venga –dijo, mientras conducía a la criada a un agradable salón de té. ¿Por qué no toma asiento y descansa? Dios sabe que se lo merece. La he dejado exhausta, ¿no es verdad?

–Usted es muy amable, señorita Bridgerton –se apresuró a decir Mary.

–Amable y agotadora –repuso Poppy mientras daba una palmadita a la mano de Mary y abría la puerta del salón de té–. Usted trabaja mucho. Se merece unos minutos de descanso.

Así, tras pedir un té y un plato de galletas para Mary, Poppy huyó (con dos de las galletas en el bolsillo), y ahora se encontraba maravillosamente sola.

Ojalá hubiese calzado de mujer adecuado para andar por las rocas. Sus pequeñas botas eran de las más prácticas que se fabricaban para mujeres, pero su resistencia no era comparable con la clase de botas que tenían sus hermanos. Pisó con mucho cuidado para no torcerse un tobillo. Aquella zona de la playa no era muy transitada, así que, si se hacía daño, solo Dios sabía cuánto tiempo pasaría antes de que alguien la ayudara.

Silbó mientras caminaba, disfrutando de la oportunidad de comportarse sin modales (¡su madre se horrorizaría si la oyera silbar!), y luego decidió ir más allá, cantando una canción cuya letra no era apta para oídos femeninos.

Ah, la camarera descendió al o-o-o-océano –cantó con alegría– *con vistas a atrapar su...* ¿Qué es esto?

Se detuvo al observar una extraña formación en las rocas a su derecha. Una cueva. Tenía que serlo. Y lo suficientemente lejos de la orilla del agua como para no inundarse con la marea alta.

–*Mi escondite secreto, mis tripulantes* –dijo, guiñándose un ojo a sí misma mientras cambiaba de dirección. Parecía un sitio perfecto para un pirata, alejado, con su abertura tapada por tres enormes rocas. Lo cierto es que le sorprendió incluso haberla visto.

Poppy se apretujó entre las rocas, observando vagamente que una de ellas no era tan grande como había creído y entró en la cueva. *Debería haber traído un farol*, pensó, esperando que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, aunque Elizabeth sin duda querría saber para *qué* necesitaba un farol. Difícil de explicar para *qué* querría un farol si su intención era caminar por la playa a plena luz del día.

Poppy dio algunos pasitos, pisando cuidadosamente en el suelo, buscando lugares difíciles con los pies, ya que no podía verlos. Era difícil estar segura, pero la cueva parecía profunda y se extendía más allá de la luz que se veía en la entrada. Avanzó, envalentonada por la emoción del descubrimiento, acercándose lentamente hacia el fondo..., lenta..., muy lentamente..., hasta que...

–¡Ay! –chilló, haciendo una mueca de dolor cuando su mano chocó con algo muy duro de madera.

–¡Ay! –repitió, y se frotó la zona dolorida con su otra mano—. ¡Ay, ay, ay! Eso ha sido...

Sus palabras fueron apagándose. Fuera lo que fuese contra lo que había chocado su mano, no era un saliente natural de la cueva; parecía más bien la punta astillosa de un duro arcón de madera.

Con movimientos vacilantes volvió a estirar la mano hasta que tocó, con más suavidad esta vez, un panel de madera liso. No cabía duda: era un arcón.

Poppy soltó una risita de regocijo. ¿Qué había encontrado? ¿El botín de un pirata? ¿La mercancía de un contrabandista? La cueva olía a humedad y parecía abandonada así que, fuera lo que fuese, era probable que estuviera allí desde hacía una eternidad.

–*Preparaos para contemplar un tesoro.* –Se echó a reír, haciendo un saludo militar en medio de la oscuridad. Pronto comprobó que aquello era demasiado pesado para levantarlo, de modo que recorrió el borde con los dedos para tratar de decidir cómo abrirlo. ¡Diablos! Estaba cerrado con clavos. Tendría que regresar más tarde, aunque no tenía ni idea de cómo justificaría la necesidad de un farol y una palanca.

Aunque...

Giró la cabeza hacia un lado. Si había un arcón (de hecho eran dos, uno encima del otro) en esa parte de la cueva, quién sabe qué podría haber más atrás.

Se internó en la oscuridad y estiró los brazos con cautela. Todavía nada. Nada... nada...

–¡Cuidado!

Poppy se quedó quieta.

–El capitán te matará si lo dejas caer.

Poppy dejó de respirar, aliviada al darse cuenta de que la áspera voz masculina no se dirigía a ella.

Sin embargo, al instante, el alivio dio paso al terror. Con mucha lentitud movió los brazos hacia su cuerpo y se rodeó con ellos en un apretado abrazo.

No estaba sola.

Con sumo cuidado, se escondió todo lo que pudo detrás de los arcones. Estaba oscuro y ella no se movía; quienquiera que estuviera allí no debería verla a menos que...

–¡Diablos! ¿Puedes encender el maldito farol?

A menos que tuvieran un farol.

Se encendió una llama que iluminó la parte trasera de la cueva. Poppy arrugó la frente. ¿Los hombres habían entrado detrás de ella? Y si era así, ¿cómo lo habían hecho? ¿Hasta dónde llegaba la cueva?

–No tenemos mucho tiempo –declaró uno de los hombres–. Date prisa y ayúdame a buscar lo que necesitamos.

–¿Y el resto?

–Estará a salvo hasta que volvamos. De todos modos, es la última vez.

El otro hombre se echó a reír.

–Eso dice el capitán.

–Esta vez lo dice de verdad.

–Jamás va a abandonar.

–Bueno, si él no lo hace, yo sí lo haré. –Poppy oyó un gruñido de esfuerzo, seguido de–: Ya soy demasiado viejo para estas cosas.

–¿Has movido la roca de delante? –preguntó el primer hombre, exhalando mientras dejaba algo en el suelo.

Así que por esa razón le había costado tanto entrar, se dio cuenta Poppy. Debió de haberse preguntado cómo un cajón tan grande había podido pasar por ese espacio tan pequeño.

–Ayer –fue la respuesta–. Con Billy.

–¿Ese chiquillo escuálido?

–Mmm... Creo que ya tiene trece años.

–¡No me lo puedo creer!

¡Por todos los cielos!, pensó Poppy, estaba atrapada en una cueva con contrabandistas, ¡tal vez eran piratas!, que hablaban como dos viejas.

–¿Qué más necesitamos? –inquirió el que hablaba con voz más baja.

–El capitán dice que no zarpará sin uno de los arcones de coñac.

Poppy sintió que se le caía el alma al suelo. ¿*Un arcón?*

El otro hombre se echó a reír.

–¿Para vender o para beber?

–Las dos cosas, espero.

Se oyó otra risotada.

–Entonces será mejor que lo comparta.

Poppy miró a su alrededor, desesperada. La luz del farol se había filtrado en su dirección, lo suficiente como para poder ver a su alrededor. ¿Dónde diablos iba a esconderse? Había una pequeña hendidura en la pared de la

cueva en la que podía intentar meterse, pero los hombres tendrían que ser ciegos para no verla.

Aun así, era mejor que su actual escondite. Poppy retrocedió con dificultad, enrollándose para hacerse lo más pequeña posible, mientras daba gracias al cielo por no haber elegido aquella mañana su vestido amarillo brillante, y elevaba su primera plegaria sincera en varios meses.

Por favor, por favor, por favor.

Seré una mejor persona.

Haré caso a mi madre.

Incluso escucharé al sacerdote en la iglesia.

Por favor, por favor...

–¡Jesús, María y José!

Poppy alzó el rostro lentamente al hombre que la miraba desde arriba.

–Atrapada –murmuró.

–¿Quién es usted? –preguntó el hombre mientras acercaba el farol a la cara de Poppy.

–¿Quién es usted? –replicó Poppy, antes de advertir lo poco prudente que era esa respuesta.

–¡Green! –vociferó el hombre.

Poppy pestañeó.

–¡Green!

–¿Qué? –protestó el otro hombre... que parecía llamarse Green.

–¡Hay una muchacha!

–¿Qué?

–Aquí. Hay una muchacha.

Green vino corriendo.

–¿Quién diablos es? –preguntó.

–No lo sé –respondió el otro hombre con impaciencia –. No me lo ha dicho.

Green se inclinó, acercando su curtido rostro al de Poppy.